

que parecen pequeños tableros de  
[damas  
en que juegan los años.

Otras veces los versos total-  
mente vacíos de contenido hacen  
su aparición:

El poema es azul,  
es blanco y es celeste.  
El alma y el poema,  
el poema y el alma son una misma  
[cosa.

Son aspectos intermitentes, muy  
aislados de *Imágenes Silvestres* los  
que indican que Aldo Torres Púa  
es dueño de una sensibilidad que  
empieza a fortificarse y que esta-  
mos en presencia de un poeta en  
formación — todavía — pues exis-  
ten en él las condiciones innatas  
que algún día lograrán condensarse  
y hacer de Aldo Torres Púa lo que  
su primer libro deja entrever se-  
guramente.—A. T.

QUIJONGO, por Max Jiménez.—

Del señor Max Jiménez, escri-  
tor nativo de Costa Rica, bien  
pudiera decirse que ya no es un  
escritor novel, pues con *Quijongo*  
(1) la lista de sus obras aumenta a  
cinco: algunas de ellas como *Gleba*  
y *Sonaja* han sido comentadas  
en estas mismas páginas. Sin em-  
bargo, por la inexperiencia que  
demuestra sería fácil suponer que  
su quinto libro no pasa de ser la  
obra primeriza de un autor, escri-  
ta en los años titubeantes de la  
adolescencia, porque nada existe  
en ella que indique la experiencia

y el conocimiento que se supone  
da un trabajo anterior.

*Quijongo* es un libro de versos,  
pero antes de entrar en su comen-  
tario, veamos primero que es lo  
que significa *Quijongo*. Dejemos  
hablar al mismo Jiménez que en  
una página inicial explica el sig-  
nificado de esta palabra tan poco  
armoniosa como poco apropiada  
para título del presente volumen  
y como lo comprobaremos más ade-  
lante:

El quijongo, de mi patria, es un  
instrumento musical sencillo: un  
arco con una jícara adherida a la  
madera, la cual, manejada con la  
mano izquierda, convierte en vo-  
ces los golpes dados sobre la cuerda.

Es simple y tiene el encanto de  
los instrumentos que solamente  
pueden ser tocados con el alma.

Según esta definición y que in-  
volucra al mismo tiempo una de-  
finición del libro, éste sería sim-  
ple y tendría cierto encanto que es  
posible conseguir únicamente cuan-  
do algo ha sido ejecutado «con el  
alma»... Sin embargo, nada hay  
que diste más de la realidad, pues  
*Quijongo* no es un libro simple,  
sino vulgar y carece de todo en-  
canto, siendo, al contrario, un  
volumen aburrido por la falta de  
interés que existe en sus páginas.  
Todas ellas son de una vaciedad  
lamentable y es difícil encontrar  
alguna condición poética que in-  
dique en su autor capacidad para  
la construcción del verso porque si  
algo de sobresaliente pudieran tener  
serían su pésima calidad.

Queremos comprobar que no so-  
mos exagerados:

1) «Espasa Calpe». Madrid, 1933.

La soledad del tiempo,  
Los amigos dispersos, el destino  
[ha soplado  
la flor de la esperanza que no ha  
[de germinar;  
vacío que es tristeza por todo mi  
[pasado  
como una mano exangüe que no  
[logra estrechar...

Cansado de futuro:  
la ley de ir adelante,  
allá en fondo es obscuro,  
el pasado brillante.

Creía en las auroras,  
ahora por las tardes recuerdo mi  
[esperanza  
Son pétalos del alma, al caer de  
[las horas,  
la vida tiene fija la punta de su  
[lanza,

Las noches, los amigos, la corola  
[destino,  
que oculta por la vida el imborra-  
[ble sino.  
Las vanas ilusiones de volver al  
[pasado  
que al fin quedan sepultas, y todo  
[es olvidado.

Hemos transcrito una composi-  
ción íntegra y tomada al azar, para  
que no se suponga que hemos re-  
cogido los versos más malos para  
defender lo que afirmamos. Pero  
es que, aunque se poseyera una  
extremada buena voluntad sería  
imposible hallar siquiera un solo  
rasgo que pudiera manifestar que  
en Jiménez existe un tempera-  
mento, así no fuera más que en  
germinación.

De *Sonaja*, libro anterior de Ji-  
ménez, dijimos algunas palabras  
que muy bien, pueden aplicarse al  
presente volumen:

*Sonaja*, el último libro de Max  
Jiménez, no es sino una iteración de  
*Gleba*, poemario anterior de Jiménez.  
Iteración en el sentido de la  
idéntica inopia lírica, de la misma in-

capacidad expresiva que se ma-  
nifiesta en *Gleba*. Es cierto,  
puedese comprobar, existe en *So-  
naja* un pequeño progreso sobre  
aquella, pero tan mínimo que no  
justifica su publicación. Jiménez,  
indudablemente y esto puede ser-  
virle de elogio, ha pretendido su-  
perarse, ascender al primer pel-  
daño de la poesía. Pero como esto  
no es dominio de la volición que  
a veces ayudada por la cultura, en  
lo que ésta tiene de higiene, si-  
mula presencias auténticas y bar-  
niza y transforma superficies,  
sino de la sensibilidad, el esfuerzo  
ha sido inútil, pues Jiménez ca-  
rece de ellas. Entonces, es fácil  
inferir su fracaso expresivo o  
lírico.

En verdad *Quijongo* no da mar-  
gen para mayor comentario. Tal  
vez para ninguno. Si hemos in-  
sistido es también debido a la  
insistencia del señor Max Jimé-  
nez para publicar libros de versos  
y tomarse el trabajo de enviár-  
noslos puntualmente. Nada más.  
—A. T.

UMBRALE GIRANTE, por *Amanda de  
Amunátegui*.

Hemos leído este libro de poemas  
con el interés que siempre despertó  
en nosotros la obra de todo escritor  
novel. Sin prejuicios, con el espí-  
ritu deseoso de un hallazgo, hemos  
ido página tras página, buscando  
con paciencia bíblica, el poema o el  
verso que nos mostrara el tempera-  
mento de la autora. Y la lectura del  
último poema nos dió el último de-  
sengaño.

No tiene este «Umbral Girante»  
(1), como el título hará suponer a

(1) Editorial Nascimento, Santiago de,  
Chile, 1933.